



¿Un diseño con Diseñador?

Por Nelson Crespo.

A la luz de los postulados actuales de la ciencia se pudiera afirmar, cada vez con mayor énfasis, que la manida oposición entre evolución y acción divina carece de fundamento. Esta aseveración, recta y sanamente entendida, es defendida por no pocos exponentes, tanto del mundo científico, como del religioso. Aunque, de más está decir, ello no implica que haya unanimidad al respecto, sobre todo si tenemos en cuenta los sectores fundamentalistas presentes en ambos ámbitos.

En este contexto, un número cada vez mayor de biólogos contemporáneos no tienen reparos en declararse entusiastas defensores del diálogo entre ciencia y religión, en cohabitación con los que son reacios a la mera postulación de la conjunción y a los que, por su parte, reconocen abiertamente que evolución y acción divina son visiones paralelas compatibles entre sí.

Como ejemplo de esta diversidad de criterios baste mencionar a Francisco Ayala, quien, aún siendo uno de los principales exponentes del neodarwinismo actual (versión cotejada del darwinismo con elementos de genética y una fuerte afiliación materialista), no repara recoger en sus obras opiniones como: “La existencia y la creación divinas son compatibles con la evolución y otros procesos naturales. La solución reside en aceptar la idea de que Dios opera a través de causas intermedias: que una persona sea una criatura divina no es incompatible con la noción de que haya sido concebida en el seno de su madre y que se mantenga y crezca por medio de alimentos... La evolución también puede ser considerada como un proceso natural a través del cual Dios trae las especies vivientes a la existencia de acuerdo con su plan”¹.

El origen de la vida ante los tribunales.

La anterior opinión, tomada del Presidente de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia, sirve de pivote para poner sobre el tapete un tema que hace sólo unos meses fue llevado a los tribunales en el estadounidense estado de Pensilvania. Sobre él la redacción de la BBC, en su edición del 27 de septiembre de 2005, expresaba: “Se trata en particular de un debate sobre la historia y origen de la vida: un tema que está enfrentando en los tribunales a partidarios de la Teoría de la Evolución y a los defensores del concepto del Diseño Inteligente”.

Acto seguido la agencia noticiosa presentaba a los contendientes de la querrela con un breve *currículum*: “Teoría de la Evolución de Darwin: aboga por la idea de la selección natural o supervivencia del más apto. Argumenta que los mecanismos de la evolución de las especies son totalmente naturales, sin ningún tipo de intervención de un ser inteligente”. “Diseño Inteligente: argumenta que la diversidad y complejidad de la vida sugieren que detrás de ella se encuentra el trabajo de un diseñador inteligente”. Así definidos los “adversarios” la edición digital invitaba al debate con estas palabras: “Participe: ¿qué teoría apoya usted?”.

Ese mismo día, de 977 votos emitidos, el 63.36% consideraba que el origen de la vida se explicaba sólo a partir de la Teoría de la Evolución de Darwin, el 22.01% se afiliaba al concepto del Diseño Inteligente, mientras que el 14.64% consideraba que la vida surge a partir de la “complementación” entre ambos conceptos, es decir, una Teoría de la Evolución regida por un Diseño Inteligente.

No se puede negar que detrás del juicio de Pensilvania, en el que un grupo de once padres trataba de revertir en los tribunales la decisión del consejo escolar de una escuela de Dover, comunidad rural de Pensilvania, de enseñar la versión del concepto del Diseño Inteligente de forma colateral a la presentación de los postulados de Darwin para explicar el origen de la vida, más que de elementos científicos su intrínquilis la sostenían discurrimientos filosóficos.

Es cierto que los partidarios del Diseño Inteligente (excepto cuando es enarbolado por grupos fundamentalistas), aceptan que ha ocurrido una evolución, aunque se oponen a la teoría de la evolución, pudiéramos decir, “a lo Darwin”. Sin embargo, ello no es noticia de titulares, pues la propia biología actual, tomando como base los descubrimientos de ramas como la genética o la paleontología, ya da por superadas muchas de las proposiciones darwinistas; a fin de cuentas, la biología no se detuvo en 1859 con la publicación de “El origen de las Especies” por Carlos Darwin.

La Evolución.

Ahora bien, una cosa es la evidencia de que ha habido evolución (a secas), y otra es la explicación o las explicaciones que se han dado para exponer dicho fenómeno. El desarrollo de la vida en la tierra presupone tres interrogantes aún no respondidas a cabalidad: ¿De dónde viene?, ¿cómo se desarrolla? y ¿hacia dónde va? De estas tres interrogantes, es en la segunda (en el cómo) donde entra al ruedo la categoría “evolución”; la cual, si nos atenemos a los axiomas que postula, parte de la premisa de que por sí misma “no crea” nada nuevo, sino que “desarrolla”, “evoluciona”, lo que ya estaba presente en un proceso progresivo, perfeccionador si se quiere, cuyos frutos serán mejores a medida que se va realizando, pero manteniendo como punto de partida un ente biológico previo capaz de evolucionar. Llegados a este punto surgen las interrogantes referidas al móvil capaz de hacer que el proceso evolutivo sea y, de forma inexorable, la visión va deslizándose, sutil o palmariamente, del terreno de la ciencia al de la filosofía.

La evolución de las especies, en el sentido de macroevolución (paso de una especie a otra), no es una realidad observada directamente, pero debe admitirse si se quiere mantener un mínimo de coherencia con lo que se viene observado en múltiples disciplinas. Es la única deducción posible ante la evidencia de que existen fósiles de seres vivos que ahora no viven, y de que ahora existen seres vivos de los que no se encuentran fósiles; dado que ha quedado demostrado, fuera de toda duda, que la generación espontánea, en las circunstancias recientes del mundo, es imposible, de ahí que la única deducción válida es que, en tiempos pretéritos, seres de una especie han dado lugar a seres de otra especie por generación. Esto es lo que se llama “evolución”. Aparte de esta evidencia y deducción a partir de los fósiles, existen otras evidencias que apuntan en la misma dirección: la constitución básicamente igual de todos los seres vivos, compuestos de proteínas, azúcares, información genética, membranas, sistemas respiratorios, etc. Tales coincidencias hablan de un origen común y apoyan la idea de la evolución, es decir, la aparición de nuevas especies por generación².

A la luz de lo anterior, Darwin (aunque ignoraba algunas de estas evidencias) propuso como móviles tres postulados sobre los que cimentaría su teoría: variaciones espontáneas, selección natural y la acumulación progresiva de los resultados de dicha selección. A ellas, después de los aportes de Gregor Joham Mendel relativos a la herencia, se les adicionaron las variaciones de la información genética para explicar los cambios de morfología, aunque se debe precisar que el paso de una especie a otra no es un mero cambio de morfología. (A pesar de ser “El origen de las Especies” el título de la obra de Darwin, el asunto referido al paso de una especie a otra, sólo aparece en el título de la obra, sin que sea tratado en el resto de la misma.)

¿Cómo, pues, se evoluciona, se pasa de una especie a otra?

Aunque pueda resultar sorprendente, dada la seguridad de criterios con que no pocos abordan el tema, lo cierto es que, si hablamos de “ciencia probada” y no de supuestos o especulaciones científicas, aún se ignora cómo se produce el proceso más allá de toda duda.

Multitud de experimentos se han realizado al respecto, creando condiciones ambientales forzadas para aplicar a seres vivos de ciclo vital rápido, como bacterias o moscas, en los que cabría esperarse alguna especiación en relativamente poco tiempo. Todos los experimentos en esta línea han resultado inútiles: consiguiendo únicamente variaciones con respecto al tipo “silvestre”, que es el que vuelve a aparecer inexorablemente en cuanto cesa el factor externo que se ha introducido artificialmente. Esto lleva a otro problema: no está demostrado que la evolución, vista como cambio de una especie en otra, sea el resultado de la acumulación de pequeños cambios.

Los resultados de miles de experimentos realizados con la mosca de la fruta, por ejemplo, en los que se han originado extrañas mutaciones tras ser expuestas a rayos X, no han dado lugar a una sola especie nueva, y apenas hay casos en los que pueda decirse que haya aparecido una mutación “aventajada”. Otro ejemplo palpable son las miles de generaciones caninas que el hombre ha cruzado y modificado a los largo de los siglos para obtener perros de todos los tamaños, formas y colores³, pero ello nunca ha dado como resultante una “especie” que no sea un perro, amén de que cuando cesa el “cruce forzado” la “especie” vuelve en pocas generaciones a su estado “natural”.

Por ello, llegados a este punto, es oportuno recordar que en el campo de la ciencia para afirmar una hipótesis se debe seguir un “método”. Primero, postular una hipótesis. Segundo, crear el modelo que justifica dicha hipótesis, dígase matemático, físico, etc. Y, tercero, lograr reproducir, a partir del modelo creado, los resultados de la hipótesis postulada. Si esto no se puede realizar se debe evitar afirmar una hipótesis como certificada. Una máxima utilizada frecuentemente en el campo científico resume lo anterior a modo de jalón: “Afirmaciones extraordinarias necesitan evidencias extraordinarias”.

Evolucionismo y Diseño Inteligente.

ESPACIO LAICAL

¿Cómo encajan los enunciados, no ya de la evolución, sino del “Evolucionismo” y del “Diseño Inteligente”, como presupuestos a la evolución, si aplicamos este método? Veamos sus postulados:

El Evolucionismo, tomando como premisa la evolución, el desarrollo de la vida en el tiempo, señala que en la naturaleza existen fenómenos de autoorganización que van a constituir su causa primera. También indica que en dichos fenómenos, a partir de un caos, se genera espontáneamente, al azar, un orden, unas leyes, que rigen un proceso evolutivo de cambios graduales y acumulativos. Precizando además que tales cambios permiten pasar, en el caso de la biología, de la materia inanimada a la vida orgánica, y de ésta a sus estadios más evolucionados.

Como tal, el evolucionismo es una corriente filosófica que conjuga sus postulados con elementos científicos, centrándose en la primacía de la materia como motor y causa primera. La novedad de esta corriente, cuyos orígenes se remontan al siglo XIX con el evolucionismo social, postulado aún antes que el evolucionismo biológico, es que se intitula “verdad científica”, aún cuando algunos de sus postulados, en cuanto generados por presupuestos filosóficos, no puedan pasar a través del método hipotético-deductivo probatorio de la ciencia. Esta presentación como “verdad científica” es lo que hace que muchas de las tesis del Evolucionismo sean recibidas por el gran público como una especie de “vaca sagrada” contra la cual nadie tiene el derecho de discordar, so pena de ser estigmatizado como retrógrado y “anticientífico”, a pesar de los posibles desatinos y extrapolaciones que pueda poseer, como todo sistema de pensamiento.

Los defensores del Diseño Inteligente, por su parte, tomando también como premisa la evolución, el desarrollo de la vida en el tiempo, sostienen que en el mundo natural existen estructuras a las que la naturaleza no ha podido llegar a través de la sola acumulación de cambios graduales. Las funciones que realizan dichas estructuras exigen necesariamente el concurso de una serie de elementos que trabajen coordinadamente y de una manera precisa. Si falta uno de sus elementos, o no posee las propiedades requeridas, la estructura es incapaz de cumplir con su función, de ahí que sus promotores descarten, por su escasísima probabilidad, que los componentes de la estructura adquieran su disposición de manera casualmente repentina. El bioquímico Michael Behe, uno de los impulsores del Diseño Inteligente, dio a esta propiedad el nombre de “Complejidad Irreductible”⁴.

La evolución presupone la Creación, pues la evolución sólo se refiere a transformaciones entre seres que ya existen.

Esta visión, desarrollada principalmente en los Estados Unidos, es conocida por algunos como “Creacionismo científico” y, al igual que el Evolucionismo, conjuga sus elementos con postulados científicos, manteniendo como centro la noción de un “diseño” en la naturaleza. Su caldo de cultivo natural ha sido el Evolucionismo radical, quien a fin de crear un clima de opinión materialista, ha producido una reacción, en parte visceral, en parte fundada, en muchos científicos que no se consideran materialistas o ateos, y, como ocurre con todos los “ismos”, éstos se retroalimentan mutuamente. (Esta versión debe diferenciarse de la llamada “Creacionista” que, partiendo de una base fundamentalista, se declara antievolutiva.)

La teoría del Diseño Inteligente sugiere que la evolución no es un proceso casual y al azar, aunque no argumenta a favor de ninguna teología específica. “La palabra *Diseñador* no significa forzosamente el Dios del Génesis”, dice el químico Charles Thaxton, uno de los abanderados del Diseño Inteligente. “Mi opinión es que desde la información empírica no podemos hacer la afirmación de una deidad. Es la posibilidad de una deidad a la que llegamos”. Thaxton explica que es un “diseño genérico del que hablamos en el Diseño Inteligente. Cuando las personas quieren ir más allá de eso, allí es donde entra su visión particular de Dios”⁵.

Estas dos visiones de la evolución evidencian que la oposición entre Evolucionismo y Diseño Inteligente se puede resumir en dos palabras: Azar Vs. Orden. Pero, ¿Se puede dirimir esta oposición tomando como punto de partida la ciencia, o más específicamente, desde el punto de vista del método científico? ¿Es factible reproducir en un laboratorio los modelos propuestos por el Evolucionismo o por el Diseño Inteligente?

A todas luces la respuesta es no, pues para que una teoría sea validada por el método científico debe efectuar predicciones que puedan demostrarse. En el caso que nos ocupa simplemente no podemos viajar en el tiempo para comprobar lo que realmente ocurrió en el pasado, además de resultar un tanto singular predecir acontecimientos que ya pasaron y que no son replicables. Pues, hasta ahora, la ciencia no ha podido producir “vida in vitro” a partir de materia inanimada; pareciendo subsistir el principio “omne vivum ex vivo”, es decir, que los seres vivos sólo pueden evolucionar a partir de otros seres vivos⁶.

Ahora bien, a pesar de las lagunas que aún puedan existir, lo que sí se puede afirmar con certeza, a partir de las evidencias científicas, es que la evolución es mucho más que una hipótesis -y como tal lo ha reconocido la Iglesia

Católica. Mientras que las teorías que tratan de explicar el hecho de la evolución: la Teoría de la Evolución de Darwin, las múltiples teorías de la evolución de corte evolucionista (determinadas de una parte por la diversidad de las explicaciones que se han propuesto con respecto al mecanismo evolutivo, y, por otra, por las diversas filosofías a las que se refieren), así como la Teoría del Diseño Inteligente, son “proposiciones” al “hecho” evolutivo. De ahí que desde el punto de vista de la ciencia, afirmar que la evolución ocurre ya sea por mero azar, ya sea siguiendo un diseño, son suposiciones, proposiciones, y no afirmaciones que se puedan probar o replicar en un laboratorio.

Veredicto judicial.

No obstante, la ciencia no es la única vía para llegar a la verdad. Más allá de lo físico, de lo palpable, de lo propio del campo de las ciencias aplicadas y naturales, de modo colateral se yergue la razón. Y va a ser en este campo donde se debe dirimir la oposición entre azar y orden.

El juez a cargo del juicio de Pensilvania, John Jones, determinó que la acción de la junta escolar violaba la veda constitucional sobre la enseñanza de religión en las escuelas públicas. "Nuestra conclusión hoy, dice la sentencia del juez en una de sus partes, es que es inconstitucional enseñar Diseño Inteligente como una alternativa a la evolución en una clase de ciencia de una escuela pública...". "Hallamos que los propósitos seculares a los que aludió la junta escolar eran un pretexto para su verdadero propósito, que era promover la religión en las escuelas públicas", sentenció el magistrado. Jones también criticó duramente a los miembros de la junta por "mentir para encubrir sus huellas y disfrazar el verdadero propósito detrás de la política del Diseño Inteligente", (BBC, 20/12/2005).

Este dictamen del juez Jones es el adecuado: “no se debe enseñar Diseño Inteligente como una alternativa a la evolución en una clase de ciencia”, aunque, y esto hay que enfatizarlo, el juez debió puntualizar que tampoco se debería cotejar en una clase de ciencia el “hecho” de la evolución con la “visión filosófica” del Evolucionismo como alternativa, pues su presentación homologada pudiera hacer inferir a los alumnos que ambos elementos son unitarios e indivisos. Además, el enfoque dado resulta tendencioso, pues asume de plano que aceptar las tesis del Diseño Inteligente implica “ser religioso”, mientras que se da como validado que aceptar el “Evolucionismo” constituye automática y exclusivamente “ser científico”, ignorando de este modo que la postulación y promoción del Diseño Inteligente no emana de las filas de una determinada iglesia o denominación, sino que proviene de los propios hombres de ciencia, de científicos que no comparten un único modo de pensar, ni una única visión filosófica, y como tal se proyectan, incluso algunas veces de modo más afín a la noción del Logos neoplatatónico que a la del Dios Creador confesado por el cristianismo.

Algunas consideraciones.

Apartándonos un poco de las “terminologías” (múltiples como múltiples son los sistemas de pensamiento que las sustentan) y de este enfrentamiento entre científicos, la ciencia debe mantener su imparcialidad, o mejor aún, su objetividad, en lo que respecta a la ideología, y en este sentido el camino a recorrer es largo. Las asperezas que aún existen entre evolución y acción divina sólo se podrán limar cuando se disipe, mediante el diálogo, el error en que incurren ambas posturas en sus extrapolaciones, pues, ni la Biblia contiene datos científicos desconocidos en la época en que fue escrita, ni presume de ser un libro de ciencia que explique los “cómo”; ni tampoco es legítimo, ni científico, negar todo aquello que no sea alcanzado mediante el método hipotético-probatorio propio de las ciencias naturales o afirmar en nombre de la ciencia, postulados que su propio método no ha probado.

Existen dos parcelas autónomas del saber humano: la filosofía y la ciencia. El problema entre evolución y creación divina desaparece cuando se advierte que ambas se encuentran en planos distintos y, por ende, no se excluyen mutuamente, aún cuando haya un tipo de evolucionismo que es incompatible con la admisión de la Creación, y una forma de creacionismo que sea incompatible con la aceptación de la evolución.

Evolución y Creación no pueden ser posturas entre las que hay que elegir, del mismo modo que Dios y naturaleza no son alternativas entre las cuales elegir, ni, menos aún, Dios o Darwin, (la mera postulación de la conjunción hubiera horrorizado al propio Darwin). La evolución presupone la Creación, pues la evolución sólo se refiere a transformaciones entre seres que ya existen. En este sentido quien admita la Creación, necesariamente deberá admitir que todo lo que existe en la actualidad proviene de otros seres y, aún cuando no se acepte la Creación, no por ello el ser humano dejará de cuestionarse sobre la Causa que hace al Universo y a la vida ser, cuando, si se deja todo al azar, los cálculos de probabilidades impedirían explicar la mera existencia de la vida, aún en sus etapas más primitivas. Obviar esto es forzar la aceptación de una hipótesis prácticamente nula desde el punto de vista matemático, y hacerlo, paradójicamente, “en nombre de la ciencia”.

El Papa Juan Pablo II recordaba que “una fe rectamente entendida sobre la Creación y una enseñanza rectamente concebida sobre la evolución no crean obstáculos. En efecto, la Creación se encuadra a la luz de la evolución como un

hecho que se prolonga en el tiempo, como una 'creatio continua'...". Un Universo en estado de vía hacia su perfección última. En definitiva, como afirmara Teilhard de Chardin: "Dios no hace las cosas, sino que hace que se hagan", es lo que las Escrituras compendian en una palabra: el "Hágase".

En 1889 Aubrey L. Moore escribía en sus comentarios a la teoría darwiniana de la evolución que esta teoría es más cristiana que la de la "creación especial" porque implica la inmanencia constante de Dios en la naturaleza en evolución. Razonaba: "aquellos que se oponen a la doctrina de la evolución por defender una "intervención continua" de Dios, no parecen haberse dado cuenta de que una teoría de la intervención ocasional implica una teoría de la ausencia ordinaria". Lamentablemente muchos han considerado más razonable buscar la trascendencia de Dios en los acontecimientos milagrosos, que en las regularidades constantes sometidas a las leyes universales de la naturaleza, pues tal vez les parecerían psicológicamente más interesantes todos los acontecimientos extraordinarios, mientras que las repetitivas regularidades las tendrían como triviales y obvias⁷.

Dios: Inmanente y Trascendente.

La aceptación de la inmanencia de Dios a las leyes de la naturaleza no conculca la tesis de su trascendencia. Un Dios oculto bajo las leyes físicas y biológicas no puede ser reducido a lo panteísta, al nivel del orden natural. Para defender que Dios está por encima del orden de la naturaleza no debemos, sin embargo, negar su presencia inmanente en las regularidades observables. La inmanencia de Dios en la naturaleza y su trascendencia son reconciliables. El ser de Dios Creador no es sólo Inmanente a la naturaleza, al incluir todo el universo y permearlo, sino también Trascendente en el sentido de que el universo no agota el ser de Dios. Pero, la tesis de la presencia inmanente de Dios en las leyes de la naturaleza no debe ser considerada como una consecuencia de la actitud empirista de un laboratorio en el que las regularidades observadas sugerentes se identifican con Dios. La inmanencia de Dios en inejemplificadas leyes naturales va a constituir el fundamento último de la racionalidad cósmica porque estas leyes determinan el ámbito de la posible evolución cósmica⁸.

La observación empírica permite captar la armonía del universo, que se basa en leyes y propiedades de la materia y remite necesariamente a una Causa Superior, a un Creador, no con demostraciones de las ciencias naturales, sino con un razonamiento correcto. Negarlo sería una afirmación ideológica, no científica. La ciencia, en cuanto tal, con sus métodos, no puede demostrar, pero tampoco excluir, que se haya realizado un designio superior, cualesquiera que sean sus causas, en apariencias también casuales o naturales⁹ e, incluso, el resultado de un proceso natural realmente contingente puede entrar en el plan providencial de Dios para la Creación.

¿Un diseño con Diseñador?.

Prescindiendo de términos velados: ¿Es la vida fruto de un designio ciego, de una necesidad anónima, o ha sido alentada por el Creador?.

La unanimidad estadística nunca se ha erigido como criterio último de verdad, ni en filosofía, ni en ciencia. Por ello, para responder esta interrogante remitámonos al propio Carlos Darwin y transcribamos de modo literal las líneas con que concluye su obra magna, "El origen de las Especies": "Hay grandeza en esta concepción de que la vida, con sus diferentes fuerzas, ha sido alentada por el Creador en un corto número de formas o en una sola, y que, mientras este planeta ha ido girando según la constante ley de la gravitación, se han desarrollado y se están desarrollando, a partir de un principio tan sencillo, infinidad de formas las más bellas y portentosas". Y, aunque el "voto" de Darwin no está entre los que mandaron su opinión a la encuesta de la BBC, aquí lo remitimos como voto póstumo.

Referencias.

- 1.- Francisco J. Ayala. La teoría de la evolución. De Darwin a los últimos avances de la genética. Ediciones Temas de Hoy, Madrid 1994.
- 2.- El evolucionismo. Estado de la cuestión, Antonio Pardo, Universidad de Navarra, marzo de 2005.
- 3.- *Ibíd.*
- 4.- Diseño Inteligente: ¿nuevo desafío a Darwin?, Santiago Collado González, Boletín Informático de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico, 12 de enero de 2006.
- 5.- Científicos encuentran evidencia de Dios, Stephen Goode, 19 de Abril, 1999, www.arn.org.
- 6.- Evolucionismo y antropología teológica, Paul Haffner, Revista Humanitas, # 17.
- 7.- Las leyes de la naturaleza y la inmanencia de Dios en el universo en evolución, Mons. Józef Zycinski, Scripta Theologica, 1998.
- 8.- *Ibíd.*
- 9.- Evolución y Creación, Mons. Fiorenza Facchini, L'Osservatore Romano, 6-2006.